

“LA BÚSQUEDA”

MEMES



Si las obras de arte son como declaraciones de amor del artista para los ojos de quienes contemplan sus creaciones, sin duda alguna puedo afirmar que esos Oxford full-brogue constituyen una verdadera y eterna declaración de amor.

Hace muchos años que todo quedó aclarado tras una larga búsqueda. Sin embargo, cada vez que repaso el álbum fotográfico de mi abuela, y que mi tío guardó durante toda su vida como su mayor tesoro, me embarga la misma sensación agri dulce de entonces, sobre todo cuando llego a la página final, en la que solo puede verse un hueco... el tremendo y doloroso vacío que dejó la foto que allí había antes.

Mi abuela y mi tío aparecen en todas las fotos que quedan en el álbum, todas ellas con las imágenes patinadas y con los bordes flambeados por el discurrir del tiempo. Ambos se querían con locura y se profesaron una devoción sin límites. Por eso mismo, y como no podía ser de otro modo, decidí poner la foto que falta en el álbum entre las manos de mi tío el día que él falleció. En ella podía verse a mi tío y a mi abuela junto al señorito Rafael Blasco, los tres disfrazados durante el único carnaval que pasaron juntos.

La tragedia se desencadenó unos meses después de que ese alegre momento fuese atrapado por el objetivo de la cámara, quién sabe si para que pasase no solo a la posteridad, sino también a la eternidad.

Solo el tiempo y nuestro tesón lograron poner algo de cordura en tanto desatino... desenterrar la verdad de los hechos para mostrársela incorrupta a la conciencia de quienes no solo la negaron, sino que además trataron de sepultarla y pudrirla con sus mentiras.

**Labores de apertura de la fosa, “Finca Los llanos de Jacarandá”,
inmediaciones de Jaraizo de Navalcuera, otoño de 1967.**

Tras ir de un lado para otro dando palos de ciego, mis ojos quedaron amortajados por un velo de aguanosa conmoción al ver cómo los Oxford full-brogue afloraban por encima de la tierra, como si fuesen muertos que regresaban desde el más allá para reclamar justicia. Me embargó una extraña sensación, mezcla de rabia y dicha, de consternación y serenidad... de angustia y liberación. Porque después de pasarme parte de mi vida persiguiendo indicios como quien corre detrás de fantasmas, concluía una ardua y penosa búsqueda que, aunque se prolongó durante varios lustros, no logró desalentarnos por más que los resultados se sucediesen infructuosos y no contásemos en ningún momento con una mínima ayuda para llevarla a buen término. Es más: ni ayuda, ni comprensión, ni compasión tuvimos por parte de nadie. Incluso nos pusieron todo tipo de trabas para confundirnos y hacernos desistir en nuestro empeño. Y no solo nos tacharon de intrigantes cuando no de mentirosos y calumniadores, sino que además nos convirtieron en blanco de incesantes e injustas burlas. Porque de igual modo que arde un reguero de pólvora, por la ciudad donde vivíamos, no exenta de tintes pueblerinos, corrió el bulo de que mi abuela y el señorito Rafael Blasco, a la sazón el mejor amigo de mi tío, se habían enamorado y que juntos huyeron para nunca regresar.

Postrimerías del otoño de 1946.

La calle parece solitaria. Pero a una discreta distancia y disimulado entre las sombras de la noche, el secretario del general Lapurbide acecha a la pareja.

A tan altas horas de la madrugada, el helor se abriga en los huesos, haciendo tiritar los cuerpos. La respiración, agitada, levanta una bruma de alientos alrededor de los rostros.

-Me gusta mucho como bailas, Rafaelito; eres un gran bailarín.

-Sí, sí, lo que tú digas; vamos, un bailarín como Fred Asteire.

-Ya quisiera Fred Asteire ser tan buen bailarín como tú. Te lo digo en serio.

-Anda ya, tampoco exageres. Además, yo no quiero ser Fred Astaire, aunque si eso te da derecho a tener una pareja de baile como Ginger Rogers... Lo que sí quisiera yo es unos zapatos como esos que saca en su última película. Son preciosos. Ya me gustaría a mí bailar con semejantes zapatos.

-Oxford full-brogue.

-¿Cómo...?

-Los zapatos de Fred Astaire; que son unos Oxford full-brogue.

-Anda, mira que bien; ya sé algo más: que los zapatos también tienen nombre.

-Pues si tanto te gustan, dentro de tres días pondré un par en el escaparate de la tienda. No tienes más que pasarte a por ellos... y ya de paso también a por mi corazón. Si tú quieres yo puedo ser tu particular Ginger Rogers en cualquier lugar lejos de aquí.

Silencio. Una sonrisa prudente, aunque excitada, rubor, una mirada intensa y breve, una ligera y discreta caricia en el dorso de la mano, un beso por sorpresa en los labios, un adiós sin pronunciar palabra... Silencio.

Una fuga... Todo trataron de solventarlo diciendo que la desaparición de mi abuela y el señorito Rafael Blasco no fue más que una fuga. ¡Cuánta injusticia!

<< ¡Qué vergüenza más grande! No solo no ha tenido en cuenta que puede ser su madre, sino que ni siquiera ha respetado que era el mejor amigo de su hijo. ¿Dónde está tanto amor y tanta devoción como decía tener por su hijo? ¡Qué vergüenza de mujer! >> << La muy arpía habrá vuelto loco al señorito con artes de perra en celo; no de otra manera se entiende que el muchacho se haya fugado con ella, jugándose su futuro y su fortuna. >> << Tanto que se las daba de santa; tanta misa y tanto rosario con las damas de la alta sociedad, y resulta que no es más que una maldita pecadora por no llamarla lo que todos pensamos y no decimos en voz alta que es. >>

Fueron las calumnias más suaves que escuchamos de boca de quienes corrían el riesgo de morir por envenenamiento si llegaban a morderse sus lenguas chismosas. Pero no contaron con nuestra insistencia; con nuestra determinación inquebrantable por desentrañar la verdad del suceso. Porque nosotros, lejos de creer la versión oficial de los hechos, siempre proclamamos que habían sido asesinados.

-¿Asesinados? Tío, eso no es lo que se dice por ahí. Por qué se empecina usted en esa idea.

-Porque es la verdad. Confía en mí, sobrino.

-Pero tío...

-Ya, ya sé que no puedo demostrar nada. Él es el mandamás y yo un cualquiera. Y dice tener en su poder una carta en la que su hijo le confiesa la relación con mi madre y los planes de ambos para huir bien lejos de aquí. Pero algún día toda la verdad saldrá a la luz; por estas.

-¿Y qué piensa hacer hasta entonces?

-Buscar sus cuerpos sin tregua. Y aguantar las burlas y tragarme la pena.

-¿Ese es su plan de vida de ahora en adelante, tío?

-Hasta que los encuentre, sí.

-Me duele verlo así: hundido y vestido de negro.

-No te preocupes por mí. Sé que lloraré durante toda mi vida. Pero te prometo que solo vestiré de luto hasta el día que les dé sepultura como es debido.

-Pues yo los buscaré con usted. Deseo verlo cuanto antes vestido si no de color al menos de blanco; el luto no le sienta bien.

-Fíjate qué cosas... ¿Sabes lo que me dijo tu abuela cuando conoció a Rafaelito?

-¿El qué, tío?

-Me miró muy seria, y después, entre risas, me dijo: <<Me gusta tu amigo, hijo. Me recuerda a un galán de cine. Sí, ya sé a quién: se parece a Fred Asterie. Con lo guapo que es

podría enamorar a mil Ginger Rogers. Si se lo propusiese tendría Ginger Rogers de todas las edades bailando a su alrededor. >>

-¿Y eso cuándo fue, tío?

-En el carnaval pasado. Mira, aquí tengo una foto de tu abuela y mía junto a Rafaelito; tu abuela disfrazada de Ginger Rogers, yo de Fred Asterie. No nos perdíamos una película de ellos. Y fíjate: el pobre Rafaelito, disfrazado de Errol Flynn; tenía locura por él. Parece mentira...

Lo único cierto de la historia es que tal como se desencadenaron los hechos en su momento, no solo no pudimos sepultarlos con dignidad, sino que ni se nos dio la opción de enterrarlos puesto que ni se consideró la posibilidad de que estuviesen muertos. Sin embargo, mi tío y yo siempre abrigamos la esperanza de poder hacerlo algún día, aunque jamás imaginamos que ese instante se haría de rogar a lo largo de tantos años. Mientras tanto, tuvimos que conformarnos con el desahogo que procura el llanto desconsolado y con el alivio que concede el luto riguroso, luto que mi tío vistió para afirmar ante los demás su determinación indeleble de buscar los cadáveres. Miles de lágrimas vertimos en la intimidad de nuestra casa, territorio de aflicción donde un afilado vacío se abrió paso en nuestros corazones, ensañándose con ellos e infiriéndoles una herida tan profunda que creímos que jamás podría cerrarse, no digamos ya cicatrizar. Pero el tiempo, aunque parsimonioso, impartió su particular e inapelable arbitraje entre el bien y el mal. Al fin, con las evidencias por delante, y sin ánimo de revancha, pudimos proclamar a la cara de cuantos nos dieron la espalda que estábamos frente a la fosa que tanto buscamos. Pero lo más importante fue que, una vez abierta la fosa e identificados los restos allí encontrados, podríamos sentir la placidez que procura al alma el poder culminar sobre una tumba reconocible el duelo de una pérdida tan traumática como aquella, a la que se sumó la rabia que sentimos ante la indiferencia de la gente y la desconsideración de las autoridades, que ni tan siquiera se plantearon la probabilidad de que pudiese haber ocurrido tan horripilante crimen.

La big-ban “Ephēbus”” interpreta “The boogie roks,” una pieza de Boogie-Woogie cuyas tonadas resuenan metálicas en el interior del Club Gardenia. Don Pedro Blasco Lapurbide, el general Lapurbide, monta en cólera cuando los descubre bailando en mitad de la pista. Hasta entonces, el militar había albergado en su fuero interno la esperanza de que la información que le

transmitió su fiel secretario no fuese veraz; si acaso, que solo constituyese un rumor con tintes de infamia. Pero ante sus ojos todo se está develando como una verdad irrefutable. Explota al ver cómo la pareja se besa y abraza al concluir la pieza de baile.

Rafael Blasco empalidece cuando ve a su padre acercarse a ellos a voz en grito. Antes de que el joven pueda abrir la boca, su padre lo agarra violentamente por el brazo y trata de arrastrarlo fuera del local, no sin antes dedicarle una mirada cargada de cólera a la pareja de baile de su hijo.

-Suélteme padre; suélteme, por Dios.

-No invoques a Dios en un antro de perversión como este o te parto la boca.

-Le he dicho que me suelte. –Replica a su padre ante la mirada atenta de la clientela del local.

Rafael se revuelve y logra zafarse de la zarpa que inventa la mano de su padre en su brazo.

-¿¡Cómo osas...!?! –Le grita el padre, levantando la mano en claro gesto amenazante.

-Atrévase, padre; atrévase. Sería lo último.

-¿Qué vas a hacer, acaso matarme? –Se burla del hijo

-¿Matarlo? No padre; matarlo no. Yo no tengo valor para eso.

-¿Entonces?

-Me conformaría con no mirarlo más; con sacarlo de mi vida para siempre.

-Estás enfermo. ¿Acaso no te das cuenta de que te estás poniendo en evidencia y de que estás echando a perder tu vida? Mírate, hijo: sois el centro de las comidillas, un hazmerreir. Estás arrastrando por el barro el honor de tu familia.

-¿Cree que me importa el honor frente al amor?

-¿Amor? Esto no es amor, hijo; es un calentón, una locura pasajera. En cualquier caso, es una tremenda aberración.

-Está trastornado, padre. Me habla de honor y mira con ojos sucios al mismo tiempo. Eso sí que es una aberración. Nos queremos y punto. ¿No puede entender una cosa tan sencilla? No hace falta que responda; usted no quiso ni supo amar a mi madre, que en paz descanse la pobre mía.

-¿No traigas los muertos a asuntos tan obscenos! Hijo, yo te quiero. Eres la única familia que me queda. No seas insensato y vámonos a casa. Allí olvidarás esta... esta... esta locura que te tiene confundido hasta el punto de que vas a arruinar tu existencia.

-Sabe que lo quiero, padre. Pero no me voy con usted; me quedo aquí.

-¿Junto a esa piltrafa?

-Pues sepa que estoy enamorado de “esa piltrafa”, padre.

-No me hagas esto o me veré obligado...

-¿Qué se verá obligado a hacer, padre?

-Me veré obligado a impedir esta enajenación tuya sea como sea. Vaya que sí.

-Solo si nos mata podrá impedir que estemos juntos, padre; y aún así, nuestro amor seguirá brillando como el primer día por toda la eternidad.

El padre mira al hijo de arriba abajo. Clava los ojos en los Oxford full-grobe que calza. Escupe sobre los zapatos. Aprieta los puños mientras habla al hijo sin mirarlo a la cara:

-Hágase tu voluntad.

Al cabo de unas horas de minuciosos trabajos de exhumación, realizados con una pulcritud más propia de arqueólogos que de forenses, los zapatos quedaron desenterrados por completo. Verlos después de tanto tiempo fue algo indescriptible. Solo puedo decir que me llevé las manos a la boca, tapando parte de mi rostro, en ese instante transido por emociones encontradas. Ahogué un lamento que desde lo más hondo de mis entrañas hizo tremolar mi cuerpo de pies a cabeza, de dentro a fuera. Mas no pude evitar que las lágrimas rodasen por mis mejillas, como las piedras lo hacen por la ladera de una montaña tras un desprendimiento.

En la misma fosa, y antes de proceder a descalzar los pies del único de los dos esqueletos que estaba calzado –los pies demasiados pequeños para el tamaño de los zapatos-, pasaron una

brocha de pelo fino por encima de los Oxford full-brogue; con esmero y lentitud; como si los estuviese embetunando mi tío para lucirlos en el baile un día de fiesta. A su alrededor se levantó una frágil polvareda que, conforme iba disipándose, fue dejando al descubierto un pedazo amargo de la historia de mi familia; un triste capítulo que muchos años atrás quisieron sepultar bajo un terral no solo de impunidad, sino también de ese miedo y silencio que sienten los pusilánimes frente al *mal mirar* y al *qué dirán*. Pero por más que las ojerizas y las habladerías fueron por entonces como puyas sin piedad contra nosotros, nunca consiguieron doblegarnos, mi tío y yo formando un equipo inmune a las dificultades.

No pude evitar que la vista se me enturbiara mientras observaba sin pestañear cómo la muchacha cogía los zapatos: con suma delicadeza, como si estuviese cogiendo en brazos a un recién nacido, sus manos enfundadas en guantes de látex quién sabe si para evitarles cualquier tipo de contaminación exterior. Porque a pesar de los años que llevaban enterrados, y por extraño o increíble que pueda parecer, los Oxford full-grobe estaban impolutos, tanto que aún lucían como si estuviesen flamantes. Daba la impresión de que la tierra hubiese actuado sobre ellos, más que como un cubrimiento para la putrefacción, como un sudario para que se mantuviesen incorruptos. Cuando los depositó en la caja de plástico, creí estar viéndolos justo en el momento en que mi tío los colocó en el escaparate del taller de costura de mi abuela, en cuya trastienda mi tío elaboraba zapatos a medida.

Aquel lejano día, la belleza de los Oxford full-grobe fulguraba con protagonismo absoluto por detrás del cristal, atrayendo la atención de propios y extraños, no pocos deseando poder lucirlos en sus pies. Eran preciosos. Brillaban con luz propia entre la ropa confeccionada por mi abuela y entre las otras filigranas de calzado elaboradas de manera artesanal y a medida por él, y colmaban el escaparate con su belleza del mismo modo que el primer plano de una guapa actriz inunda la enorme pantalla de un cine.

Nunca había hecho mi tío unos zapatos como aquellos Oxford full-brogue, que daban la impresión de haber sido encargados por un corazón enamorado. Los copió al detalle de una revista de moda de las que mi abuela solía sacar los modelos para colmar las expectativas y contentar a su amplia y exigente clientela, compuesta por damas de la alta sociedad y la burguesía de nuestra ciudad.

LA CONFESIÓN

Abrumado por la fiebre y doblegado por un intenso dolor abdominal, don Pedro Blanes Lapurbide se enfrenta semiinconsciente a los últimos instantes de su vida. Sin embargo, una extraña lucidez se apodera de él en cuanto ha visto entrar en el dormitorio a mosén Parreño, quien, avisado por el médico, ha acudido presuroso a administrarle la extremaunción. Como empujado por un resorte, el general Lapurbide se ha incorporado en la cama, en los ojos, glaucos e inyectados en sangre, espejando la ira. Extrayendo un grito del fondo de la afonía que ha mantenido durante los últimos días, ha ordenado de malas maneras a la servidumbre que lo dejen a solas con el cura. De igual modo echa al monaguillo que acompaña al sacerdote. Cuando el joven sacerdote se acerca hasta la cama, el cacique lo agarra con fuerza por la estola de color violeta que se ha colocado para administrarle el sacramento de confesión al moribundo. Haciendo gala de su agrio carácter, tira con fuerza hacía él, tanto que los rostros del cacique y del sacerdote apenas quedan separados por unos centímetros, el aliento nauseabundo de la muerte levantándole el estómago al ministro de Dios de tal manera que a punto está de dejar caer al suelo el oleo de enfermos y el píxide¹. Antes de que el padre Parreño abra la boca, el general Lapurbide le manda callar con un gesto brusco. Se recuesta de nuevo. Clava la mirada en la foto de su hijo que hay sobre la mesita de noche, y comienza a hablar con el sacerdote con una renovada energía:

-Usted y el médico son iguales de cotillas; él siempre queriendo auscultarme el corazón, y usted el alma; uno buscando males; el otro rebuscando aflicciones. Eso es lo que quieren hacer creer al mundo, que tratan de aliviarnos. Pero yo sé que lo que en verdad persiguen es saciar su curiosidad a base de secretos del corazón y pecados del alma. Pues se van a quedar con las ganas los dos; ni secretos, ni pecados. Las cosas de mi vida son solo mías y las comparto solo con quien me da la gana. Nada tienen que sanarme. Siempre he actuado según mi conciencia. A veces hice cosas... desagradables, pero urgido por mi deber moral y mi temor a Dios. Sí, no me mire así, padre, mi temor a Dios. Si algo hice mal fue porque nunca consentí que delante de mí nadie lo ofendiera jamás con comportamientos inapropiados e inmorales. Los pecados que pude cometer a los ojos de los hombres no lo fueron jamás a los ojos de Dios, pues siempre actué en nombre y en defensa de la Ley Divina, incluso aunque con ello me causara a mí mismo el dolor y el desgarramiento más grande que pueda vivir un hombre en toda su vida. Así que ya puede coger los bártulos y salir de aquí pitando, pues nada tiene que hacer aquí. O mejor quédese; sí, quédese y abra las orejas.

¹ Caja dorada más pequeña que el Copón donde, a modo de sagrario, se guarda una hostia consagrada que es llevada a los enfermos.

Escuche mi confesión y comprenderá que con ella voy a ser yo quien va a perdonar a dos pecadores.

El padre Parreño está pálido, y desconcertado por lo que acaba de oír. Duda de si las palabras del general Lapurbide deben ser consideradas como secreto de confesión o no; incluso por un momento duda sobre su veracidad. No obstante la duda que le embarga, nota cómo la atrocidad que acaba de narrarle el general Lapurbide, ya en plena agonía, le quema tan en el fondo de las entrañas que no hace sino achicharle el alma. Desde la puerta, el sacerdote realiza la señal de la cruz y musita una especie de oración:

-Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Para que te libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad. Amén.

**

EPÍLOGO:

Meses después de dar sepultura en el cementerio de san Gregorio a los restos aparecidos en la fosa, y tras solicitarlo infinidad de veces al juzgado, conseguimos que nos fuesen entregados los Oxford full-brogue que aparecieron en la fosa. Mi tío se empeñó en depositarlos sobre la lápida, porque con ese gesto, según él, << mi madre y Rafaelito quedarán enterrados como Dios manda >>.

Para la ocasión, y como me había prometido, mi tío se quitó el luto riguroso y desafiante que vistió durante los últimos años. Pocas personas quedaron sin asomarse a puertas y ventanas para ver el desfile de mi tío con dirección al camposanto, un paseo que él alargó adrede, transitando por calles de la ciudad que no le pillaban de paso. Iba henchido de orgullo, la figura espigada como un junco, la cabeza erguida... como si hubiese reflorado su juventud, marchita de manera súbita tras el crimen. El silencio que reinaba era de plomo, atronador; forjaba una atmosfera tensa. Solo se escuchaban sus pasos, redoblándose estos como un tañer de campanas sobre los adoquines de las calles. La gente avizoraba a mi tío como los lobos hambrientos acechan a las ovejas. Pero nadie fue capaz de sostenerle la mirada cuando él la cruzó, duelista, con la de quienes antes se burlaron de mi familia. En los ojos de mi tío brillaba de nuevo la fuerza de la vida, que prendió renovada el día que

el padre Parreño apareció por nuestra casa para decirnos el lugar exacto donde estaban enterrados los cadáveres, en una finca propiedad del general Lapurbide, bien lejos de nuestra ciudad. Le preguntamos cómo lo supo. Balbuceo y se ruborizó al reconocer que se lo habían dicho en confesión. Pero recuperó una gran entereza y serenidad para decirnos que para él era más importante dar cristiana sepultura a dos inocentes que el secreto de confesión. Por supuesto que no nos dio el nombre del criminal, pero tampoco hizo falta que lo dijese, pues mi tío supo desde el primer día quién los había asesinado.

Me parece estar viendo a mi tío junto a la tumba, que por expreso deseo suyo compartían mi abuela y el señorito Rafael Blasco. Ni aunque viva tres vidas podré olvidar lo guapo y radiante que iba aquel día: maquillado, luciendo una peluca rubia, calzando tacones de aguja y vistiendo el vestido blanco de vuelo que lucía mi abuela en la fotografía donde aparecían los tres durante aquel carnaval. Parecía Ginger Rogers, en sus manos los Oxford full-brogue que él confeccionó a mano para el amor de su vida, cada puntada que dio como si fuera una imaginada caricia que anhelaba que algún día fuese realidad en la piel de *su Rafaelito*.

Se me eriza el vello y la carne se me pone de gallina, al evocar que allí mismo, mi tío me narró, llorando como un niño, que fue el general Lapurbide quien le confesó, aún con sangre en las manos, que había asesinado a su hijo y a mi abuela para evitar un escándalo. Y que si decidió hacerlo así fue para que mi tío sufriese de por vida con la pérdida de su madre, igual que él iba a penar la pérdida de su hijo. Ocultó los cadáveres, y para salvaguardar la hombría del señorito Rafael Blasco y el honor de su familia inventó la historia de que su hijo había huido con mi abuela. El muy canalla le quitó los Oxford full-grobe a su hijo y se los calzó a mi abuela, para que su hijo no llevase a la eternidad algo que lo uniese a mi tío.

Años después del fallecimiento de mi tío, cuando acudo al cementerio para llevar flores a la tumba donde ahora reposan los tres, no puedo evitar emocionarme al ver que allí continúan los zapatos, tan radiantes como radiante fue el amor que compartieron mi tío y el señorito Rafael Blasco.